

*Cuerpo, emoción y política en los orígenes de la clase obrera en España (1884-1890)**

Mercedes Arbaiza

Universidad del País Vasco UPV/EHU

Resumen: El artículo aborda la relación entre el antagonismo social y la acción política desde la perspectiva de las emociones. Se analizan los orígenes de la clase obrera en España como un acontecimiento emocional que se produce entre 1884 y 1890. El éxito del socialismo como movimiento de clase se debe a la capacidad que tuvo de dialogar con una comunidad emocional que se estaba gestando en el contexto de la crisis social y política de finales del siglo XIX.

Palabras clave: emociones, clase obrera, política, socialismo.

Abstract: This article discusses the relationship between the production of social antagonism and political action from the perspective of emotions. It analyzes the making of the working class in Spain as an emotional event that occurred between 1884 and 1890. The success of socialism as a class movement in Spain is due to its capacity to be in dialogue with an emotional community that was brewing in the context of the social and political crisis of the late nineteenth century.

Keywords: Emotions, working class, politics, Socialism.

* Este artículo se inscribe en el marco del grupo consolidado «La experiencia de la sociedad moderna en España (1870-1990)» financiado por la UPV/EHU (GIU11-12: UFI 11/27) y por el MINECO (HAR2012-37959-C02-01).

Pablo Iglesias, el fundador del Partido Socialista en España, afirmaba en 1886, como si fuera un hecho probado, que «por doquiera que tendamos la vista el antagonismo entre la clase obrera y la clase burguesa se manifiesta abiertamente: podría decirse que se halla en el aire que respiramos [...] ¿Es verdad que este antagonismo, como dicen los escritores burgueses, lo han inventado los socialistas?», se preguntaba el líder socialista en la etapa de los orígenes del movimiento. Y seguía: «El antagonismo social existente, como los antagonismos anteriores, no lo han inventado los socialistas ni tampoco los que no lo son [...] Lo que los socialistas han hecho ha sido descubrirlo, conocer su origen y señalarle a la clase trabajadora para que abandonara engañosos ideales y entrara en el camino de la lucha de clases»¹.

Aquellos primeros socialistas, sin apenas estructura organizativa y con escasos seguidores², en su mayoría tipógrafos y obreros de oficio, sabían que tenían que convencer a los españoles de la verdad de este «descubrimiento». Lo que ellos sentían como una profunda convicción política, para sus contemporáneos aparecía como una propuesta cuanto menos extravagante y, sobre todo, muy peligrosa. ¿Cómo llegaron entonces a la evidencia que se dedicarían a propagar de que la clase obrera ya estaba formada y sólo había que develarla? El Partido Socialista publicaba por primera vez esta doctrina a la defensiva, pero con la certeza de quien se siente revestido de la objetividad de la ciencia; el análisis crítico marxista sobre el sistema capitalista afirmaba que la contradicción entre proletariado y burguesía se encontraba inscrita en su misma entraña.

Cuatro años más tarde las manifestaciones obreras que se sucedieron en España en mayo de 1890, y, sobre todo, la gran huelga minera de 1890, parecían darles la razón. Es precisamente en el Gran Bilbao, en torno a la zona minero industrial vizcaína, donde el socialismo se constituiría en un movimiento de masas. Y además, por primera vez en España, un partido de clase, el Partido Socialista, obtenía una representación institucional de cinco concejales en el ayuntamiento de Bilbao tras las elecciones municipales de 1891. Cualquiera podía pensar que efectivamente la clase apa-

¹ *El Socialista*, 12 de marzo de 1886.

² Michel RALLE: «Cultura obrera y política socialista. Los primeros decenios del PSOE», *Ayer*, 54 (2004), pp. 49-70.

recía como un hecho objetivo y necesario, no accidental o histórico. El marxismo se erigió como gran intérprete y estableció este guión: la lucha de clases, expresada en forma de huelgas, es la mejor prueba de que el movimiento obrero se había constituido y que, por tanto, la clase había tomado conciencia de sus condiciones materiales y de sus intereses.

¿Qué ocurrió en estos años? ¿Qué relación existió entre aquella narrativa de 1886 y la acción política de 1890? La cuestión de la formación de la clase obrera ha constituido una de las atalayas desde donde teorizar sobre la producción de la diferencia social y del cambio político³, el tema central que ocupa nuestro análisis. Si hoy pudiéramos dialogar con Pablo Iglesias le diríamos que el antagonismo social no «lo han descubierto los socialistas» por desvelamiento de la clase, a modo de descubrimiento positivo y veraz de una doctrina científicamente «superior» a otros enunciados políticos sobre las relaciones sociales y el devenir histórico. Pero tampoco «se lo han inventado los socialistas», es decir, no es el resultado de un acto lingüístico que presupone un significado intrínseco a las categorías marxistas de análisis en cuanto que performativas y productoras de la diferencia social (desde una concepción del sujeto como epifenómeno del discurso). La conciencia obrera (la producción de la diferencia social) no surge sólo como resultado de la creación de un lenguaje de clase o, expresado de otra forma, el lenguaje de clase (signo) no produce necesariamente la diferencia social, la conciencia de clase (significado).

Desde una epistemología posmetafísica⁴ partimos de la hipótesis de que el origen de la clase obrera dentro de la narrativa socialista⁵

³ Véase un estado de la cuestión para España en Miguel Ángel CABRERA, Blanca DIVASSON y Jesús DE FELIPE: «Historia del movimiento obrero. ¿Una nueva ruptura?», en Mónica BURGUERA y Christopher SCHMIDT-NOWARA (eds.): *Historias de España Contemporánea. Cambio social y giro cultural*, Valencia, Universitat de València, 2008, pp. 45-80.

⁴ La posición posmetafísica lleva implícita una concepción antiesencialista del sujeto y del objeto, y opta por una comprensión heideggeriana del ser como acontecimiento. Una de las aportaciones de la posmetafísica en la historiografía es la radical historicidad del significado. Véase José Javier DÍAZ FREIRE: «Cuerpo a cuerpo con el giro lingüístico», *Arenal*, 14:1 (2007), pp. 21-22.

⁵ Sobre los orígenes de una identidad obrera en España dentro de un imaginario liberal-republicano véase José Antonio PIQUERAS: «Cultura radical y socialismo en España, 1868-1914», *Signos Históricos*, 9 (2003), pp. 43-71; Albert GARCÍA BA-

es un acontecimiento emocional que tuvo lugar en España entre 1884 y 1890. La idea de acontecimiento alude a una forma particular de conciencia social, una nueva subjetividad que generó fisuras en el orden de lo ya significado⁶, un evento creativo que tiene que ver con la forma de experimentar el mundo y que señala la apertura hacia nuevas posibilidades de relaciones sociales aún inéditas. Afirmamos que es emocional porque se produce a través de una nueva percepción del mundo que surgió como expresión de carácter sentimental o, si se quiere, «romántica». La formación de la clase, en sus orígenes, constituyó un acto hermenéutico de carácter afectivo o emocional por parte de quienes no tenían el poder de nombrar el mundo, una hermenéutica de los débiles⁷, o sea, un ejercicio de interpretación del lenguaje o signos a través de una incorporación de los mismos. En este sentido, poner las emociones en el centro del análisis permitirá profundizar en la relación entre el lenguaje (los signos) y la forma en que los individuos dotan de significado al mundo (subjetividad). El éxito del socialismo como movimiento de clase en España se debe a la capacidad que tuvo de dialogar con una comunidad emocional⁸ que se estaba gestando en el contexto de la crisis social y política de finales del siglo XIX en España.

El antagonismo de clase nace dentro de una emoción de profunda humillación o vergüenza pública que experimentaron los trabajadores entre 1884 y 1890. Es el anclaje emocional sobre el que percibieron a «el otro», definido como la burguesía e inter-

LAÑA: *La fabricació de la fàbrica. Treball i política a la Catalunya cotonera (1784-1874)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2004, y Jesús DE FELIPE: *Orígenes del movimiento obrero canario*, La Laguna, Artemisa Ediciones, 2004.

⁶ Gilles DELEUZE: *Conversaciones*, Valencia, Pre-Textos, 1995.

⁷ Gianni VATTIMO y Santiago ZABALA: *Comunismo hermenéutico. De Heidegger a Marx*, Barcelona, Herder, 2012, p. 15. Asumimos el subrayado del carácter interpretativo que estos autores hacen de la hermenéutica que, más que como una técnica, se constituye como un forma política de debilitar la metafísica o el estado de las cosas, democratiza los sujetos y aspira al proyecto de emancipación al que en su día aspiró la metafísica.

⁸ Barbara H. ROSENWEIN: *Emotional communities in the Early Middle Ages*, Nueva York, Cornell University Press, 2007, pp. 24 y 25. Las comunidades emocionales son grupos en los que las personas se adhieren a las mismas normas de expresión emocional y a los que se valoran o detestan las mismas relaciones emocionales en cuanto que sociales. Sobre estas emociones compartidas, que les vinculan y les distinguen de otros grupos, establecen sus valores morales, sus fines y sus metas.

pretado en un sentido de contradicción irreductible. Una humillación que cobró significado político dentro de la reforma social emprendida en los años ochenta y desembocó en la acción de masas de 1890, cuando la clase obrera devino en sujeto político⁹. El reformismo dio cuerpo político a un código de normas emocionales burgués que expresaba simultáneamente el miedo político —Unamuno les acusaba de «sentir un escalofrío de terror» frente a la irrupción de la masas— junto a un sentimiento de «compasiva benevolencia» hacia las mismas, un afán de protección hacia las «clases inferiores» propio del catolicismo pietista canovista¹⁰. El miedo burgués derivó, bajo la influencia del higienismo, en un miedo físico al cuerpo del obrero, convertido en objeto de reforma a través de un proyecto de biopolítica. La crisis finisecular adquirió, a ojos de las clases acomodadas, una dimensión social, la del pauperismo, y una dimensión nacional, la de la «degeneración» de la nación. Reforma social y regeneración aparecieron así vinculadas a través de la clase obrera. Los trabajadores vivieron una encrucijada al atribuírseles la responsabilidad política (un sentido de culpa) del atraso social de la nación española. Fue un juicio político. Su pobreza, la obrera, ponía en peligro la propiedad de todos¹¹, y su cuerpo, el obrero, era la expresión de la degeneración física del cuerpo nacional.

El artículo aborda tres eventos elegidos por su significado en la conformación emocional de la diferencia de clase. Se ha tomado como primer evento la intervención oral de los trabajadores que tuvo lugar en el contexto de la Comisión de Reformas Sociales en

⁹ Mercedes ARBAIZA: «La formación emocional de la clase obrera según Julián Zugazagoitia», *Historia, Trabajo y Sociedad*, 4 (2013), pp. 119-143. Se interpreta la huelga general de 1890 como un estallido de cólera de los mineros inesperado y fuera de la lógica organizativa socialista, transformado por el movimiento socialista en una fuerza cognitiva.

¹⁰ La tesis del miedo en Manuel PÉREZ LEDESMA: «El miedo de los acomodados y la moral de los obreros», en Pilar FOLGUERA (coord.): *Otras visiones de España*, Madrid, Pablo Iglesias, 1993, pp. 27-64. La bibliografía sobre el reformismo social es muy abundante. Cabe recordar los trabajos de Santiago Castillo, María Dolores de la Calle, Feliciano Montero, José Ignacio Palacio Morena, Pedro Carasa o Gonzalo Capellán, entre otros.

¹¹ Informe del Instituto Libre de Enseñanza en Santiago CASTILLO (ed.): *Reformas sociales. Información oral y escrita publicada de 1889 a 1893*, t. II, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985, p. 275.

1884. Lo consideramos un acto de subjetividad creativo en el que se desbordó políticamente el sentir «armonicista» sobre el que se habían establecido las relaciones sociales liberales hasta entonces. Las alocuciones obreras se registraron en primera persona (plural) y produjeron una fuerte tensión social sobre el otro, debido a que el significado impregnaba, al mismo tiempo, las maneras de decir y de poner las emociones físicamente en juego¹². Nos detendremos, en segundo lugar, en la epidemia de cólera de 1885 en el Gran Bilbao, por la vulnerabilidad que mostraron las clases medias y su reacción de carácter prerreflexivo hacia los cuerpos diferentes. Se analizarán emociones como el asco, el miedo y la vergüenza sobre las que se constituyen los proyectos de nacionalización en torno a la «degeneración de las razas» y que desembocaron en la inesperada huelga general de 1890, una manifestación de ira obrera que desafió al poder de la burguesía. En tercer lugar, analizaremos la narrativa socialista a través de la prensa obrera como un movimiento de creación de un nuevo campo de identificación emocional que rompía con sentimientos de pertenencia de carácter territorial y hacía posible imaginar nuevos vínculos como el internacionalismo. La conciencia de clase entre 1886 y 1890 descansó sobre este tercer anclaje emocional al dar lugar a un «tiempo nuevo», el de su propia historia, la obrera, como espacio de experiencia, como acontecimiento que reordenaba las relaciones de tiempo y espacio.

Reforma social y experiencia obrera, un *locus* emocional (1884)

La humillación del positivismo y «romanticismo» obrero

La encuesta nacional que se llevó a cabo en 1884 por parte de la Comisión de Reformas Sociales creó una conciencia social con un fuerte contenido de clase¹³. La nueva subjetividad obrera sur-

¹² David LE BRETON: «Por una antropología de las emociones», *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 10 (2012), pp. 69-79.

¹³ Manuel PÉREZ LEDESMA: «El lenguaje de clase y las imágenes de la sociedad española en el siglo XIX», en Manuel PÉREZ LEDESMA: *Lenguajes de modernidad en la Península Ibérica*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2012, pp. 538-543. El autor muestra cómo el lenguaje de la Comisión de Reformas Sociales utiliza por primera vez en singular la «clase obrera», dentro de una visión polarizada y dual de

gió a modo de refugio emocional y aconteció de forma dialógica e interactiva, resultado de una confrontación de dos interpretaciones de las relaciones sociales. Entre el 26 de octubre de 1884 y el 25 de enero de 1885 se llevó a cabo la información oral obrera¹⁴ en el paraninfo de la Universidad de Madrid, que se convirtió en un espacio de experiencia política. Allí, veintiocho trabajadores de oficio subieron por primera vez a la tribuna y tomaron la palabra en un escenario propiamente burgués. Hablaron ante los quince hombres de la Comisión, representantes de diferentes estamentos sociales y sensibilidades políticas, ante sus propios compañeros y ante la atenta mirada de la opinión pública española¹⁵. La comunidad obrera perfiló sus contornos, estrechó sus vínculos a través de un intercambio de gestos, una comunicación retórica y también corporal. Con la *hexis* corporal de quien percibe una excesiva atención sobre su forma de comparecer y con ademanes de timidez —«prefiero mirar a mis compañeros», afirmaba uno de ellos— se dirigían a un público que abarrotaba la sala —«es la primera vez que me hallo ante un número tan considerable de obreros y me encuentro algo cohibido» (p. 73), dirá Navarrete de la Sociedad de Arte de Imprimir—, que con gran clamor se adhería a los testimonios dando al acto un carácter de dramatización social. La comparecencia produjo una alteración social, una atmósfera emocional intensa, un acto de hermenéutica afectiva muy diferente a la recepción individual leída de cualquiera de los muchos informes escritos que se adjuntaron a la encuesta.

Todas las palabras eran desbordadas por las reacciones del público que, con sus aplausos, risas y abucheos, reforzaban colectivamente una sensación de agravio moral compartido —«No sé por quién estará inspirada esta información, pero yo siento dentro de mí una cosa que me hace daño» (p. 240), afirmará Vargas—, convirtiéndola en un sufrimiento socialmente legítimo. La emoción de

las clases. Era una novedad respecto al lenguaje del sexenio y significa una reducción del conjunto social a sólo dos clases.

¹⁴ Santiago CASTILLO (ed.): *Reformas sociales...*, t. I, pp. 23-267. A partir de ahora se citarán en el cuerpo del texto las páginas entre paréntesis.

¹⁵ Véase la repercusión política nacional gracias a la amplia cobertura informativa sobre estas comparecencias orales. Cada testimonio obrero fue profusamente comentado por la prensa y la opinión pública. Véase Santiago CASTILLO: «Introducción», en *Reformas sociales...*, t. I, p. CIX.

indignación actuaba a través de una acusación directa hacia quienes representaban la ley y el Estado. Las historias personales de los obreros proyectaron sus emociones sobre la Comisión y transformaron la humillación, la vergüenza pública de la pobreza (un sentimiento que paraliza socialmente), en una indignación contenida que impelía hacia el exterior, señalando al otro a quien se le atribuye una intencionalidad, un acto deliberado e injustificable¹⁶. «¿Es esto justo?», se preguntarán una y otra vez con la convicción de que se había sobrepasado el pacto social; un sentido común compartido hasta entonces por los obreros en torno a la reciprocidad social moralmente implícita en la emoción liberal. Los trabajadores experimentaron que se les ocluía el futuro dentro de este imaginario de cooperación entre las partes, el armonicismo entre capital y trabajo¹⁷.

Los trabajadores se vieron obligados a pronunciarse sobre una visión del mundo que pretendía abordar las condiciones económicas y morales de la clase obrera desde una perspectiva científica. Andrés Mellado, precursor de la reforma y director de *El Imparcial*, periódico conservador de mayor tirada en España, resumía así el ambiente positivista: «La ciencia puede aportar el luminoso caudal de sus meditaciones, el obrero debe aportar el interesante relato de sus dolores y las advertencias de una vida práctica cruelmente aprendida entre privaciones»¹⁸. A través de 223 preguntas, con un afán totalizador, se abrieron todos los espacios de significado para la política, construyendo así un objeto de estudio, la clase obrera. Se quería dotar de un cuerpo a la política y a la nación con vistas a aprobar el sufragio universal masculino. El diagnóstico reformista dentro del binomio ilustrado ciencia *versus* ignorancia, solidario a otras oposiciones como razón *versus* emoción, hacía imposible la emergencia de la clase como sujeto dentro de la política liberal.

¹⁶ La estructura cognitiva de la ira es analizada por Rom HARRÉ: «An Outline of the Social Constructionist Viewpoint», en Rom HARRÉ (ed.): *The Social Construction of Emotions*, Oxford, Basil Blackwell Ltd., 1986, pp. 2-14, esp. p. 7.

¹⁷ Jesús DE FELIPE: «Movimiento obrero, intervención estatal y ascenso de lo social (1840-1923)», en Miguel Ángel CABRERA: *La ciudadanía social en España. Los orígenes históricos*, Santander, Universidad de Cantabria, 2013, pp. 91-130, esp. p. 102.

¹⁸ *El Imparcial*, 22 de agosto de 1884.

El veredicto sobre la crisis del pauperismo estaba contenido en la propia encuesta al preguntar de forma explícita por los vicios de los trabajadores, la deficiencia de su educación, por el uso y abuso del alcohol; querían información sobre el adulterio, el concubinato, interrogaban sobre las razones de su impiedad, por su increencia, les acusaban de la prostitución de sus mujeres. Sobre ellos recaía todo el peso de la degeneración social y nacional (que aparecían vinculados), y así lo acusaba Juan Serna, trabajador de la madera: «Yo creo que si los señores de la Comisión hubiesen estudiado esto más detenidamente lo habrían redactado en otra forma, no en ésta, parece un insulto a las clases trabajadoras. (*Aplausos*)» (p. 161). Se ofendieron al percibir que aquella encuesta revestida de cientificismo vaciaba de contenido su experiencia. La pobreza, la suya, se convertía en estadística: «Comparar la condición económica de la clase obrera con la de la clase elevada es lo mismo que comparar a un moribundo con uno que está en su plenitud de robustez y de salud» (p. 52), afirmaba José Sedano de la Sociedad de Parados. Mostraron su resistencia a la tiranía de la metafísica que representaban los hombres ilustrados, a la interpretación de quien detentaba el poder, a la posición del sujeto que observa y analiza los fenómenos sociales creando en este acto de conocimiento el objeto (objetivando), la clase obrera. Para ellos la pobreza no era un problema social, sino una experiencia, tal y como señalaba el tipógrafo Matías Gómez: «El informe de la situación de las clases trabajadoras está hecho con ir a cualquier taller: allí está vivo y presente [...] No hay más que ir a verla» (p. 36).

La interlocución política de los trabajadores como sujeto hablante marcó un hito, ya que escenificó una nueva subjetividad, un acto de interpretación del mundo que tuvo por sí mismo consecuencias para la clase obrera. Esta intervención se dotó de una estructura de sentido, diferente a la burguesa, con un efecto del que se arrepintieron los mismos impulsores¹⁹. De forma inesperada, en los intersticios del poder aquel evento escapó a las expectativas del *establishment* político. Matías Gómez desplazó con inteligencia la

¹⁹ La recepción por parte de la prensa conservadora fue de gran crispación por permitir que se produjera aquella «propaganda de doctrinas demolidoras» en las que «se pasó revista a los señores de la mesa» que debieron «aguantar con sonrojo a tiro de oratoria». Véase Santiago CASTILLO: *Reformas sociales...*, pp. CXII-CXX.

dicotomía de partida entre sujeto (burgués) y objeto (clase obrera) hacia una confrontación entre dos sujetos que dialogaron bajo formas de aprehensión del mundo opuestas pero en un mismo plano de legitimidad política: «Vosotros, que por razón de vuestra educación, de vuestros medios y de la esfera en que os movéis estáis en trato continuo con las que a sí mismas se llaman clases ilustradas [...] enfrente de vuestra corrección y pulcritud académicas, vais a hallar las emociones que acaso buscáis, las emociones que siempre producen el rudo lenguaje de la verdad y la expresión de las ideas profundamente arraigadas» (p. 37). Dos formas antagónicas de conocimiento del mundo con un carácter profundamente político: la episteme de las descripciones metafísicas, la del poder, la del conocimiento como representación adecuada y, enfrente, la aproximación emocional propia de quienes no tenían más poder que el de la experiencia narrada en primera persona del plural, una hermenéutica radical y desafiante, la interpretación del débil²⁰.

Sofismo burgués versus jacobinismo obrero

El ambiente obrero fue de gran exaltación del sentimiento y la subjetividad (un yo colectivo) como fuente de verdad y de política. «Vengo a informar y decir lo que siento», confesará Vitoriano Doctor, de tradición liberal republicana, «estoy resentido». Interpretaron su experiencia a partir de emociones individuales, historias singulares protagonizadas por ellos mismos de las que se sacaban conclusiones de carácter moral relacionadas con una manera de sentir, de comportarse. Se introducía el yo en el tiempo y en el espacio dando sentido a su experiencia. Se apropiaban de una nueva legitimidad en este momento original, fundante, de intensa autoconciencia de una relación con el mundo distinta, que se podría inscribir como un momento «romántico» y, para ellos, moralmente superior²¹. Identificamos la episteme obrera, en términos heidegge-

²⁰ El último día, el 25 de enero de 1885, García Quejido volvió a comparecer ante la Comisión para defenderse de la crítica feroz que habían recibido debido al exceso de subjetivismo en sus testimonios, lo que les incapacitaba, dentro de la visión dominante, como sujeto para la acción política.

²¹ Valentín Hernández explica en sus cartas a Miguel de Unamuno en 1895:

rianos, con la necesidad de unificar el ser y el mundo —«ser en el mundo»—, una experiencia corporal que afectaba a la materialidad de su ser obrero. «Que vayan y lo vean», afirmarán.

El sentir obrero aspiraba a la sinceridad en la política, a un nuevo «lenguaje de verdad», decían. El tipógrafo socialista García Quejido interpellaba así a los que denominaba «hombres de levita»: «Estos señores, acostumbrados a decir en forma suave verdaderas infamias al individuo con quien contienden y a saludarse después en los pasillos, encuentran raro que nosotros, que llamamos, como vulgarmente se dice, al pan, pan, y al vino, vino, vengamos aquí a expresarnos de esta manera» (p. 258). Éste era el estilo obrero: la estética del lenguaje rudo y sincero también era política o la política de la retórica. Un deseo les embargaba y era la correlación entre el lenguaje y la práctica social, en clara oposición al estilo burgués, a una masculinidad basada en el dominio de la oratoria cuya reputación descansaba en el honor y en la elocuencia parlamentaria como expresión de una virilidad autocontenida en sus sentimientos²². «Sofista» sería la expresión con la que se dirigían al presidente de la Comisión, Segismundo Moret, y a quienes él representaba, queriéndoles atribuir la manipulación de la verdad con la retórica, la práctica de maniobrar con argumentos o razonamientos engañosos sirviendo al interés particular. «Son hombres que todo lo subordinan a las conveniencias y se asustan de sí mismos», afirmaría años más tarde el socialista Valentín Hernández²³. Se mostraba un desprecio, aparentemente formal, pero muy político: la hipocresía era la traducción que hacían los obreros de lo que el historiador W. Reddy ha definido como la ambivalencia en la gestión de las emociones propia del código burgués decimonónico²⁴.

Los obreros experimentaron el antagonismo social bajo la forma de dos estilos emocionales, el burgués y el obrero. Denostaban

«Mis convicciones socialistas se basan más en el sentimentalismo que en conocimientos». Véase María Dolores GÓMEZ MOLLEDA: *El socialismo español y los intelectuales. Cartas de los líderes del movimiento obrero a Miguel de Unamuno*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1980, p. 131.

²² María SIERRA: *Género y emociones en el romanticismo. El teatro de Bretón de los Herreros*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2013.

²³ María Dolores GÓMEZ MOLLEDA: *El socialismo español...*, p. 129.

²⁴ William REDDY: *The Navigation of feeling. A framework for the history*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 2001.

el contenido moral que subyacía en el código de normas burguesas bajo aquella racionalidad arrogante, garantía aparente de neutralidad y de universalidad. La hipocresía burguesa impregnaba, a juicio de los obreros, toda su acción política y era sentida como engaño histórico, fundamento de una desconfianza radical que afectaba a los usos e interpretación de la ley de la época. Se sentían políticamente engañados por los hombres de leyes, por el Estado: «Nos han prometido mucho y cuando hemos ido a pedirles cumplimiento de su promesa nos han encarcelado, y si hemos ido en grupo han enviado a un escuadrón a disolvernarnos» (p. 223), afirmaba Ignacio Ordoñez, encuadernador. «Nos habéis engañado» será una de las acusaciones más frecuentes al evaluar lo sucedido en los años anteriores. Se referían al incumplimiento de la Ley del Trabajo Infantil de 1873, a la disolución de la Internacional y a la dura represión de la huelga de los tipógrafos en 1882. El eco de todos estos sucesos estuvo presente en la interpretación obrera sobre la hipocresía. Esa pérdida de la confianza en la política liberal aludía con especial amargura a la experiencia del gobierno de Castelar, hombres republicanos virtuosos con quienes compartían un ansia de justicia social que utilizaron el poder en beneficio propio pero nunca para defender al obrero. «¿Cómo nos vamos a fiar...? Así es que mucha gente del pueblo no quiere meterse en política» (p. 161), afirmaba Juan Serna.

La indignación de los trabajadores situaba la política en un plano sobre todo moral, dentro de una retórica que estrechaba el campo semántico entre el discurso y su significado. «No nos callarán», dirá García Quejido confirmando un estilo jacobino de expresión sincera —«tengo la costumbre y hasta la barbaridad de decir siempre lo que pienso» (p. 184), afirmará Perezagua de la Sociedad de Trabajadores del Hierro y Metales—. Una forma de autenticidad política que desafiaba el miedo burgués a las «masas», un miedo que les atribuía la «enfermedad del odio» por la «violencia» y la «coacción» con la se que amenazaba la propiedad. La huelga de los tipógrafos de 1882, narrada por Navarrete, constituye un ejemplo de cómo la humillación obrera, sentida como una burla pública, se transforma en ira, y cómo esta indignación afectaba necesariamente al lenguaje corporal de la política. El tipógrafo narra cómo en el año 1878, cuando se dirigieron a los patronos para pedir aumento de salario, «y a pesar de haber ido con som-

brero en la mano a pedir como de limosna lo que de derecho les correspondía y se les usurpaba [...] ¿sabéis el resultado que esto dio? Que los tipógrafos salieron con el bochorno que sobre ellos echaron los dueños de las imprentas, riéndose de nuestra candidez. ¿Y qué dijeron los tipógrafos en vista de todo esto? Es necesario arrancar por la fuerza lo que por voluntad no se nos da» (p. 78). Su lealtad a los principios de la cooperación entre las partes, capital y trabajo, había sido burlada, su buena fe había sido traicionada, la debilidad del obrero quedaba mancillada. Aquella experiencia cambió la forma de proceder de aquel grupo de tipógrafos sobre el que descansaba la primera sociedad socialista. La siguiente reclamación de respeto a las tarifas acordadas que llevó a cabo en 1882 adoptó la huelga como forma de presión. Esta vez la protesta fue entendida, antes que un derecho formal, como la expresión *auténtica* del enfado, la única salida frente a la propuesta burguesa de cooperar a través de los Jurados Mixtos, en los que la ley de nuevo caería de su parte. «Hay huelgas por dignidad», afirmará Navarrete.

La ruptura del vínculo moral entre capital y trabajo

El antagonismo social al que aludía Pablo Iglesias en 1886 se asentó sobre la humillación del fracaso que significaba la pobreza en aquel contexto finisecular. García Quejido en su primera intervención oral hallaba a los trabajadores «sumamente heridos», según decía, «por la posición baja que ocupamos en el mundo económico» (p. 258), afirmaba. La clase obrera fue sojuzgada desde una subjetividad burguesa, al ser interpelados los trabajadores por sus posibilidades de progreso social, preguntados si era frecuente que el obrero llegara a ser empresario o patrono algún día, o sí, por el contrario, no eran capaces sino de vivir al día o mendigar. Aquí la ira se desataba: «Es para mí el salario la cosa más repugnante que nos ha podido pasar —afirmaba Perezagua en su estilo provocador—, quisiera ser esclavo y no trabajador libre» (p. 181).

El fenómeno de la pobreza obrera rompía, a efectos políticos, con aquel optimismo encarnado por las clases acomodadas, según el cual el trabajo generaba capital o, de otra forma, el capitalista era un trabajador que ahorra con esfuerzo y sacrificio el

producto obtenido²⁵. Aquel horizonte de expectativas, tan arraigado dentro del imaginario capitalista, el modelo del «hombre hecho a sí mismo», fue sobre el que se construyó la culpa, el estigma de la indolencia y el vicio obreros. Fueron abrumadoras las quejas y detallados los relatos sobre cómo el trabajo sólo generaba miseria y, sobre todo, cómo el futuro se había ocluido para ellos²⁶. Era imposible alcanzar aquella promesa de felicidad que contenía el imaginario «armonicista» basado en la cooperación entre individuos libres, una suerte de fraternidad en un horizonte en el que la armonía social aparecía como valor último. Juan Serna expresó bien el resentimiento obrero dentro de los talleres gobernados por el utilitarismo intrínseco a la economía política liberal: «¿Qué les importa que a un obrero le dé un dolor de costado si es mercancía que sobra en el mercado y es fácil y barata encontrar otra?» (p. 160). Pablo Iglesias sancionó dos años más tarde la ruptura del vínculo moral de la empatía de esta forma: «Y así como al patrono no le afectan las cuitas y los dolores de los obreros, así éstos permanecen impassibles ante las contrariedades o desdichas que puedan ocurrir a los burgueses»²⁷. El sentimiento de cosificación del trabajo despersonalizaba la relación social, vaciaba de cualquier forma la colaboración fraternal entre el capital y el trabajo. Los trabajadores se desvinculaban así de un compromiso entre las partes traicionado, a su juicio, por la misma burguesía. La afirmación marxista de que esta contradicción tenía un origen económico y era intrínseca al sistema capitalista aparecía como un pensamiento «afectado» emocionalmente, bien «entendido» por aquellos trabajadores que constituyeron los primeros grupos socialistas. La recepción del lenguaje de clase se producía, así, sobre un cuerpo emocionalmente construido que había experimentado la «alienación» o extrañamiento del yo.

²⁵ Concepción Arenal intentaba persuadir a los obreros de las bondades de esta moral y de lo ineficaz que era declarar la guerra al capital. Concepción ARENAL: *La cuestión social. Cartas a un obrero*, Bilbao, Imp. y Enc. de la Editorial Vizcaína, 1880.

²⁶ Manuel PÉREZ LEDESMA: «La formación de la clase obrera: una creación cultural», en Rafael CRUZ y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.): *Cultura y movilización en España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, pp. 201-233, esp. p. 227, y Jesús DE FELIPE: «Movimiento obrero, intervención estatal...», pp. 100-103.

²⁷ *El Socialista*, 12 de marzo de 1886.

Aquellos trabajadores de oficio reunidos en Madrid en torno a la «cuestión social» se constituyeron a modo de *refugio emocional*, en el sentido que lo define Barbara Rosenwein²⁸, en un círculo reducido de obreros que se guían por un nuevo conjunto de normas emocionales experimentadas como las más puras y elevadas expresiones humanas. Cada acto estaba justificado por un «sentimiento» verdadero. Se sentían encarnando una subjetividad moralmente superior a la burguesa, delineando así las fronteras de lo que significaba «ser obrero». La pobreza significaba honradez, la de quien no había robado a nadie la propiedad de su trabajo. «El que posee caudales los tiene robados» (p. 252), afirmará Vargas exaltando la dignidad del trabajador precisamente sobre la ausencia de propiedad. No sólo resultaba inmoral ser patrón, sino que ni siquiera era deseable tener relación con quienes representaban a la clase acaudalada. Pocos años más tarde el socialista bilbaíno Valentín Hernández se defendía de las críticas de aislamiento social provenientes de los intelectuales de clase media insistiendo en esta frontera moral o refugio emocional en el que se reconocían como socialistas: «Hay entre nosotros un puritanismo llevado al extremo [...] ¡Cuánto no sabríamos de chanchullos mercantiles si siguiéramos otra ruta! (rozarse con nuestros enemigos para mejor conocer sus manejos), pero estamos empeñados en vivir, en lo posible, en un mundo aparte»²⁹.

Sujetando al sujeto. La comunidad emocional (1885-1890)

El cuerpo oscuro, lo abyecto

Los sucesos ocurridos en torno a la epidemia de cólera en el verano de 1885 en el Gran Bilbao marcaron otro evento emocional en los orígenes de la clase obrera en España. Sutilmente denominada por los contemporáneos como «enfermedad sospechosa»³⁰, esta epidemia de cólera convirtió el cuerpo en un terreno de disputa y

²⁸ Bárbara ROSENWEIN: *Emotional communities...*, p. 19.

²⁹ María Dolores GÓMEZ MOLLEDA: *El socialismo español...*, p. 127.

³⁰ Seguimos las noticias publicadas en el *Noticiero Bilbaíno* entre julio de 1884 y el 3 de diciembre de 1885.

la política nacional, bajo principios higienistas, en un proyecto de reforma del cuerpo obrero. El cólera desató entre las clases acomodadas el pánico al contacto con los cuerpos contaminados y a la proximidad de cualquier «otro» considerado como extraño o ajeno a la comunidad. El miedo es una emoción que se produce sobre un objeto exterior, en este caso sobre la comunidad obrera, que aparece como amenaza y que actúa a modo de palanca movilizando los cuerpos, acelerando el número de acciones y gestos que pretenden anticiparse a los efectos de la misma³¹.

Los primeros casos de cólera en Vizcaya aparecieron en los barrios de Matamoros y la Arboleda en la zona minera el 5 de octubre de 1885. Se tomaron muchas medidas y todas profundamente humillantes: se confinaba a los enfermos en los lazaretos o edificios construidos *ad hoc*, se fumigaba a las personas sospechosas e incluso se quemaron los pocos enseres que poseían. Mientras los ricos escapaban del lugar evitando pasar semejante vergüenza pública, las autoridades provinciales, ya desde los primeros brotes, se personaron en las chabolas de los mineros. El mismísimo gobernador de Vizcaya, acompañado del diputado provincial, la Guardia Civil y el director de la empresa minera *Orkonera*, dispusieron *in situ* el aislamiento de las víctimas en el barrio de Pucheta, quedando así materialmente acordonadas y vigiladas por veinte soldados de infantería a las órdenes de un oficial. No se tardó en culpabilizar a la comunidad de obreros que allí se asentaba: «Aquella población vive en su mayor parte en barracas de madera, amontonados muchos individuos donde apenas pueden vivir pocos, con falta de limpieza material que en muchísimos casos es extensiva a lo moral, con malísimos alimentos, con todas las condiciones que sirven de cebo a las enfermedades pestilentes»³².

Días más tarde el cordón sanitario dibujaba los límites de la sospecha sobre el conjunto de la comunidad minera al extenderse sobre toda la comarca de Gallarta, en la margen izquierda del Gran Bilbao. La amenaza de la cercanía de la epidemia legitimaba una acción política orientada a aislar los cuerpos separando grupos. En Bilbao, precisamente en plena crisis epidémica, la prensa recreó

³¹ Sara AHMED: «Affective Economies», *Social Text*, 79, 22:2 (2004), pp. 117-139, esp. p. 124.

³² *Noticiero Bilbaíno*, 27 de octubre de 1885.

una escena o diálogo figurado, un recurso periodístico con el que se expresaba un estado de conciencia social: «Ahí en Barakaldo y en las minas quedan algunos casos [de cólera], pero como si estuvieran en el Congo. Hasta cuentan que los han encerrado bajo siete llaves y que no sale ni una rata [...] Tu mantén el aislamiento en el Cadagua y échate a dormir a pierna suelta»³³. Se expresaba abiertamente así el repudio hacia el cuerpo minero como expresión de la masa, de las pasiones animales, de los instintos.

La cualidad de la oscuridad que portaba el cuerpo enfermo y peligroso fue alimentada por los mismos médicos, como el higienista García Vergara: «El obrero, y sobre todo el obrero minero, es el más necesitado de esta limpieza, porque sus ocupaciones habituales le hacen sudar copiosamente en las horas de trabajo, y esta secreción mezclada con el polvillo del mineral forma una capa más o menos espesa que no sólo dificulta las funciones de la piel, sino que puede ser origen de enfermedades infecciosas»³⁴. Un cuerpo oscuro, el minero, que compartía los rasgos del cuerpo *maketo*, equivalente a español, «el otro» para el nacionalismo vasco, también llamados los «*baltzak*» (negros) o «*azurbaltzak*» (huesos negros), calificativos que, se decía, denotaban el color del alma española. «El español (o maqueto)», diría Arana, «apenas se lava una vez en la vida y parece alimentarse con la capa de suciedad y miseria que cubre su piel»³⁵. Se inscribieron los cuerpos sociales en una oposición binaria entre lo limpio y lo sucio, que no dejaba de ser una metáfora de lo civilizado y lo degenerado. Porque, como afirmó la filósofa Julia Kristeva, no es tanto la ausencia de limpieza y de salud lo que vuelve abyecto, sino aquello que perturba una identidad, un sistema, un orden, «aquello que no respeta los límites, los lugares, las reglas»³⁶ y que construye la diferencia social, añadiríamos nosotros, a partir de emociones como el miedo o la repulsa.

³³ *Ibid.*, 8 de noviembre de 1885.

³⁴ Eugenio VERGARA GARCÍA: *Datos para la topografía médica de San Salvador del Valle*, Baracaldo, Imp. Bonifacio Guzmán, 1904, p. 181.

³⁵ Citado por José Javier DÍAZ FREIRE: «Cuerpos en conflicto. La construcción de la identidad y de la diferencia en el País Vasco a finales del siglo XIX», en Mary NASH y Diana MARRE (eds.): *El desafío de la diferencia: representaciones culturales e identidades de género, raza y clase*, Bilbao, UPV/EHU, 2003, pp. 61-94, esp. p. 75.

³⁶ Julia KRISTEVA: *Poderes de la perversión*, México, Catálogos, 1988, p. 11.

El cólera y la repugnancia como emoción de la biopolítica

El higienismo inspiró las primeras medidas de la reforma social, a la vez que nacional³⁷. Se puede decir que la autoridad médica cabalgó a lomos del cólera y de otras epidemias, como la viruela y el sarampión (que rebrotaron en estos años), impulsando nuevas formas de sentir y modelar el cuerpo. Se reordenaron las relaciones sociales sobre la emoción de la repugnancia hacia cualquiera que fuera sospechoso de estar contaminado y, por tanto, considerado como peligroso. Los médicos, apóstoles del higienismo, fueron muy conscientes de que el respeto hacia su autoridad como saber experto, incluso en un ambiente positivista, no era suficiente. Los mineros vizcaínos habían mostrado ya su desconfianza hacia la clase médica abdicando de tomar las medicinas y fármacos que les recetaron para el cólera, aduciendo que «los médicos envenenaban a sabiendas a los coléricos porque cobraban del gobierno o de las diputaciones un elevado premio por cada uno que falleciese»³⁸. Les percibían como parte del orden burgués, jueces de lo social interesados en la ganancia.

Las campañas médicas sobre las formas de transmisión de estas enfermedades infectocontagiosas situaron las prácticas corporales en el centro de la vida social. Al descubrirse el carácter microbiano de las infecciones se atribuyó directamente al obrero y a sus costumbres el origen de un cuerpo «patológicamente enfermo». Como afirmó García Vergara, «el mal no está en las cosas, sino en las mutuas relaciones»³⁹, apuntando hacia todos aquellos hábitos cotidianos relacionados con la higiene personal, las prácticas sexuales o los usos escatológicos; todo un campo de lo social crecientemente privatizado a lo largo del siglo XIX que se convirtió en objeto de intervención política en sus últimas décadas.

³⁷ Es extensísima la bibliografía sobre la influencia del higienismo en la reforma social. Cabe citar los trabajos de José María López Piñero, Eduardo Perdiguer Gil, Ricardo Campos Marín y Esteban Rodríguez Ocaña, entre otros.

³⁸ Se repiten en la prensa médica los lamentos por la desobediencia de las clases populares hacia las medidas profilácticas impulsadas por los médicos. Véase Julio URUÑUELA: «Profilaxis de la Viruela en Bilbao», *Gaceta Médica de Norte. Revista de medicina, cirugía y farmacia*, Bilbao, pp. 305-306.

³⁹ Eugenio VERGARA GARCÍA: *Datos para la topografía...*, p. 159.

Los médicos, que por oficio traspasaban las fronteras de la intimidad, mostraron obscenamente al enfermo como objeto sobre el que proyectar el asco, utilizando para ello un repertorio sensorial que provocaba una reacción física muy visceral, llegando al vómito. Gil y Fresno decidió publicar en 1884, en un diario bilbaíno, el horroroso cuadro de síntomas que presentaba un colérico: «Grandes dolores de vientre, borborígnos y evacuaciones líquidas biliosas [...] que tardan poco en adquirir los caracteres propios de la diarrea colérica: blanca, inodora y cargada de copos, formados de despojos epiteliales [...] vómitos incoercibles, lengua ancha y humedad, cubierta de capa mucosa»⁴⁰. El ambiente social se volvió cada vez más sensible hacia el cuerpo del otro en su sentido más físico, al contacto directo con sus efluvios corporales, líquidos, sudores, humores, levantando un barrera sanitaria con un fuerte contenido social. Los síntomas que adopta la tuberculosis —«vergüenza de un país» afirmarán los médicos en sus topografías— fueron también reiteradamente descritos: «Fiebre violenta, repentina, escalofríos, punzadas en algún costado, disnea, tos con esputos sanguinolentos y algo espumosos al principio»⁴¹. La discusión sobre qué hacer con los esputos como propagadores de la tisis fue habitual en la prensa, en las topografías de la época, así como en los debates sanitarios de los ayuntamientos. El licenciado Miguel Coll García realizaba una reflexión muy clarificadora denunciando que era «la falta de aprehensión de los vecinos que [...] conducidos por la caridad nos lleva a veces tras el peligro»⁴². Había que corporizar el rechazo a la contaminación por encima de otros sentimientos como la compasión o la empatía ante el dolor ajeno.

El asco se fue abriendo camino como una emoción social poderosa en la constitución de la diferencia y de la segmentación social a finales del siglo XIX. Las expresiones corporales de las elites portaban una fuerte carga de repudio hacia la clase obrera. Matías Gómez expresó en público la humillación que sentían los obreros cuando, en plena epidemia de cólera, soportaban un gesto de

⁴⁰ Se han consultado las topografías médicas depositadas en la Real Academia de Medicina de Madrid entre los años 1875 y 1905.

⁴¹ Eugenio VERGARA GARCÍA: *Datos para la topografía...*, p. 165.

⁴² Archivo de la Real Academia de Medicina de Madrid, *Topografía médica de Peñaranda de Bracamonde*, 1895, p. 147.

repugnancia tan físico como es esquivar el cuerpo del otro: «Si va por una acera un infeliz cargado de tal manera que parece una acémila y se encuentra con uno que lleva levita produce un movimiento de indignación si aquel individuo conserva la acera por un momento; se le considera capaz de manchar no digo materialmente, sino moralmente, al individuo al que tropieza»⁴³. La repugnancia como emoción contiene una aproximación cognitiva que señala a los cuerpos abyectos por sus prácticas más íntimas y expresa el rechazo al objeto contaminado al identificarlo con lo que se considera socialmente como un hábito vicioso⁴⁴.

Políticamente la repugnancia establece una relación entre el asco, como sensación física, y el peligro moral de destrucción del cuerpo social, la nación, asumiendo así una visión higienista del objeto a reformar. Es por ello que en el Gran Bilbao, el *Reglamento de Policía e Higiene* aprobado en 1886 fuera aplicado selectivamente a la comunidad minera. Se les prohibió dormir a los obreros en la misma cama, cohabitar personas de distinto sexo en el mismo cuarto, compartir dormitorios entre matrimonios, defecar fuera de los sitios señalados, etc. Podemos afirmar que el asco fue la emoción de la biopolítica llevada a cabo a finales del siglo XIX; una política de optimización de la vida orientada a la regeneración de un nuevo cuerpo nacional. El argumento de la biología como entramado de sentido en el que se inscribe el diálogo social se asentó sobre estas nuevas formas de sentir y de modelar el cuerpo obrero. La crisis nacional era una «crisis de la especie» dentro de una visión biologicista que situó el cuerpo higiénico en el centro de las preocupaciones sociales. Se colocaron como objeto de aprehensión las prácticas consideradas como viciosas, depravadas, degenerativas para el ser humano, aquellas que le animalizaban.

⁴³ Santiago CASTILLO (ed.): *Reformas sociales...*, t. I, p. 46.

⁴⁴ Sobre la estructura cognitiva de la repugnancia como emoción y su dimensión política véase Martha NUSSBAUM: *El ocultamiento de lo humano. Repugnancia, vergüenza y ley*, cap. I, Madrid, Akal, 2006.

El minero, el sujeto sujetado

Fueron esas zonas abyectas, «inhabitables» en expresión de Judith Butler⁴⁵, las que constituyeron el límite que definía el contorno del sujeto burgués, el que redefinía las condiciones de experiencia de lo humano y lo no humano. El cuerpo abyecto crea a su vez las condiciones de posibilidad de un nuevo sujeto, el *sujeto sujetado*. En este sentido, Blasco Ibáñez en su novela *El intruso*, de estilo naturalista, transmite literariamente esta experiencia a través de la atmósfera que se vivía dentro de los barracones: «En las noches tormentosas [...] los cuerpos vestidos y malolientes se buscan, se estrechan ansiando calor, los sudores se juntan, las respiraciones se confunden, la *suciedad fraterniza*»⁴⁶. Entre 1884 y 1890 la comunidad minera y obrera del Gran Bilbao experimentó sus límites y sus vínculos de apego a través de una conformación emocional del propio cuerpo como instancia receptora de signos y creadora de significados. La insumisión a las humillantes medidas profilácticas o la misma expulsión de los médicos de la comunidad⁴⁷ por los líderes socialistas, que comenzaban a propagar las primeras consignas de clase, son reacciones de rabia de una comunidad desconfiada, expresiones de una identidad subversiva todavía de carácter subalterno hacia la autoridad de los médicos. Una ira que tuvo un amago político cuando el cordón sanitario al que sometieron a toda la margen izquierda de la ría, la zona obrera, se transformó en un movimiento de independencia local frente al poder provincial⁴⁸. Aquel movimiento duró poco tiempo, pero creó una nueva subjetividad, una comunidad emocional, la minera, el anclaje emocional del primer socialismo de masas.

En mayo de 1890, 10.000 mineros bajaron de las montañas y consiguieron parar la industria de Bilbao al grito de «¡Mueran los

⁴⁵ Judith BUTLER: *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*, Buenos Aires, Paidós, 2002, p. 20.

⁴⁶ Blasco IBÁÑEZ: *El Intruso*, Valencia, Prometeo, 1904, p. 19. La cursiva es nuestra.

⁴⁷ «Los médicos y el vulgo», *El Noticiero Bilbaíno*, 30 de octubre de 1885.

⁴⁸ «Carta de Gallarta de Fermín Azpitarte», *El Noticiero Bilbaíno*, 1 de noviembre de 1885.

cuarteles! ¡Viva la zona minera! ¡Viva la huelga! ¡Viva la unión obrera! ¡Mueran los burgueses!». Los obreros exhibieron todo el poder subversivo del cuerpo «oscuro» tomando las calles de Bilbao y trasgrediendo el espacio higienizado de la burguesía bilbaína de los negocios. La bandera de la abolición de los barracones y las cantinas por el monopolio que ejercían los capataces, tan liberal en su contenido, tuvo, sin embargo, un contenido de clase. Fue la principal demanda que movilizó a los mineros en las huelgas generales en aquel periodo convulso liderado por el movimiento socialista a partir de 1890⁴⁹. El lenguaje de clase ordenó e hizo inteligible aquella indignación colectiva recibida por una comunidad emocionalmente ya constituida. La «lucha de clases», la categoría «proletariado», tan ajena y peligrosa para las clases medias, adquirió, sin embargo, un significado propio y particular que no era necesario explicar a aquellos mineros del Gran Bilbao.

Imaginando la clase

El 16 de mayo de 1890, tras la primera manifestación obrera por la Fiesta del Trabajo, los socialistas proclamaban con tono eufórico que «nadie podrá negar hoy que la inmensa masa obrera, sin distinción de nacionalidad y raza [...] se mueve impulsada por los mismos sentimientos»⁵⁰. Aunque la exhibición de fuerza en las ciudades españolas fue muy desigual, lo cierto es que esta nueva experiencia política, el tercer evento emocional que vamos a analizar, conseguía alzarse como un movimiento creativo de imaginación cuya identificación rompía con los nexos sociales previos creando una nueva fraternidad.

La prensa obrera —*El Socialista*, desde su fundación en 1886, y más tarde *La Lucha de Clases*, a partir de 1895— tuvo un papel importante como espacio desde el que imaginar una nueva comunidad⁵¹ y establecer un campo de relaciones sociales novedoso ba-

⁴⁹ Eduardo SANZ Y ESCARTÍN y Rafael SALILLAS: *Informe referente a las minas de Vizcaya*, Madrid, Instituto de Reforma Sociales, 1904.

⁵⁰ *El Socialista*, 16 de mayo de 1890.

⁵¹ Se ha reelaborado el concepto de «comunidad imaginada» de Anderson a partir de la asunción de la tesis de Damasio según la cual las imágenes afectan no

sado en una fraternidad que rompía las fronteras territoriales. En aquellos primeros años de propaganda la narrativa socialista se dotó de imágenes sobre experiencias dispersas geográficamente, discretas, ordenadas según un *telos* nuevo. A modo de «empatía imaginada»⁵², definida por Lynn Hunt como la capacidad que tienen las personas de salir de sus marcos inmediatos de experiencia (locales, familiares) y comprender la subjetividad de otras personas diferentes, se crearon emociones positivas que conectaban los cuerpos, que estrechaban lazos entre personas, haciendo experimentable la clase como comunidad universal.

Las sociedades de obreros no se aproximaron al socialismo a través de una lectura individual y erudita de las principales obras del marxismo, sino a través de una interpretación; de nuevo un acto hermenéutico de carácter afectivo, una significación propia sobre un conjunto de sucesos y hechos históricos, a priori inconexos entre sí, que se entrelazaron hasta constituir lugares de experiencia, vivencias que les permitían imaginar las condiciones de posibilidad de la nueva clase. En este sentido, la historia obrera, la propia, se convirtió en lenguaje de clase encarnado que, a modo de evangelio, hacía posible que los trabajadores soñaran con la posibilidad histórica de otro orden social. No es casualidad que recién iniciada la andadura del periódico *El Socialista* en marzo de 1886, y en las primeras páginas, se publicara la sección «El 18 de marzo de 1871» en conmemoración de los sucesos de la Comuna de París. Esta fecha se convirtió en el primer hito de una nueva autobiografía, la del movimiento socialista. «No son tan sólo nuestros mártires, son nuestros precursores»⁵³, afirmaron aquellos tipógrafos.

Los primeros socialistas no dejaron de celebrar el aniversario de la Comuna de París año tras año, convirtiendo aquella guerra sin cuartel del gobierno de Thiers contra los sublevados, aquella masacre en el barrio de Montmatre, en un triunfo de la clase obrera. El secretario del Comité socialista, Juan Gómez Crespo, expresó así esta emoción en los primeros encuentros en torno a la conmemo-

a la mente, sino al cuerpo. Véase Antonio R. DAMASIO: *Descartes' Error: Emotion, Reason, and the Human Brain*, Nueva York, Harper Perennial, 1995.

⁵² Lynn HUNT: *La invención de los derechos humanos*, Barcelona, Tusquets, 2009, p. 39.

⁵³ *El Socialista*, 19 de marzo de 1886.

ración del decimoquinto aniversario de la Comuna: «Es un día memorable porque [...] aquellos trabajadores se hicieron dueños del poder político al cual también nosotros aspiramos». El valor simbólico de aquellos sucesos no radicaba tanto en la memoria de las víctimas, sino en la imagen impactante de que las clases populares podían acceder algún día al poder: «La idea de la masa al grito de *Viva la Comuna*, en unas cuantas horas ahuyentó como bandada de grajos a todos los agentes del gobierno provocador»⁵⁴. Sólo imaginar aquella gesta apenas quince años atrás avivaba el deseo, la fantasía de un mundo posible. La narratividad socialista sobre los hechos históricos creó una nueva relación entre los tiempos posibilitando una nueva intersección o unión de tiempo y espacio, un lugar emocional en el que el lenguaje marxista tomaba cuerpo.

Uno de los relatos que más huella dejaron en la conciencia de aquellos primeros obreros socialistas fue la larga huelga de 104 días de los mineros de Aveyron, «los sucesos de Decazeville de 1886», a los que *El Socialista* le dedicó una crónica semanal durante los dos primeros años. Esta narración épica es una historia sobre el sentido de la justicia y la emancipación obrera a través del minero Basly, primer diputado obrero socialista⁵⁵. Se estructuraba un mundo de referencias morales con gran carga simbólica para la comunidad hacia la que iba dirigida y, de forma significativa para el tema que nos ocupa, con un fuerte contenido emocional. Con estilo sentimental se abordaba un hecho impensable hasta entonces, el del acceso de Basly a la tribuna del Parlamento francés, un suceso que abría un horizonte de experiencia nuevo, una interlocución entre pares, con la clase burguesa y en su mismo terreno: «Las tribunas estaban totalmente llenas como en los días de grandes luchas parlamentarias —escribía el redactor de *El Socialista*— y un joven delgado de cabellos rubios, de facciones enérgicas y que no carecía de distinción, vestido de una americana ceñida al cuerpo, dirigiose con paso firme a la tribuna». La *hexis* corporal, sus formas de hablar en primera persona, los sentimientos que exponía en la tribuna, hacían de

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ En los primeros años *El Socialista* dedicó una sección a Basly titulada «Galería Socialista Internacional» (I. El Parlamentarismo. II. La huelga de Anzin de 1884. III. La biografía de Basly). Se convirtió en una referencia para las nuevas sociedades a lo largo de los años 1886 y 1887.

Basly un obrero perfectamente identificable para muchos otros mineros. «Sí, leo, dice el minero, y si vosotros [dirigiéndose a los señores diputados] hubieseis trabajado como yo dieciocho años en el fondo de la mina, tal vez no seríais capaces ni siquiera de leer». La historia de Basly conseguía introducir a los lectores en la atmósfera del momento y que experimentarían aquellas mismas emociones, un sentimiento interior compartido por muchos otros trabajadores, a la vez que convertía los sueños en posibilidades reales. Lograba así reunir dos mundos, el de los protagonistas, los mineros franceses, y el de la comunidad de interpretación hacia la que iba dirigida, de tal forma que los intereses de los obreros de París parecían los mismos que los de los obreros de Madrid, o de Bilbao, o de Valencia, o de Barcelona.

La comparecencia de Basly producía un sentimiento de compasión y de solidaridad inquebrantable hacia los mineros encarcelados por la muerte del patrón Watrin, llegando el líder de los mineros a la conclusión de que: «Dado que el Estado no ataja los excesos de los Watrin había que dejar paso libre a la justicia popular». Watrin pasó a ser una figura simbólica que inspiró lo que más tarde daría título a una sección de *El Socialista*, «El Despotismo Patronal», representando a una burguesía sin escrúpulos que desataba todas las iras por la arbitrariedad e impunidad con la que actuaba contra los trabajadores. Los obreros en las primeras sociedades socialistas expresaron su rabia y animadversión mirándose en su figura⁵⁶. Los socialistas bilbaínos, por ejemplo, evaluaron sus primeras protestas en Altos Hornos de Vizcaya a la luz de aquella historia del minero Basly⁵⁷. La sección del periódico publicó los relatos obreros, en primer persona, sobre su experiencia en los talleres y en las fábricas; sucesos alejados territorialmente, limitados socialmente, experiencias elegidas por su fuerte contenido emocional, historias de cómo perder el miedo al otro, a la burguesía, creando así sensación de simultaneidad en el tiempo. Se fue gestando una comunidad imaginada formada por círculos obreros o refugios emocionales que apenas compartían lazos personales, pero que se sentían afectados por los mismos acontecimientos. Crearon una autobiografía colectiva transitando de una línea temporal hacia otra, de un espacio

⁵⁶ *El Socialista*, 14 de mayo de 1886.

⁵⁷ *Ibid.*, 13 de agosto de 1886.

nacional hacia otro internacional. Fueron dando significado y valor a lo que en apariencia era extravagante, una interpretación propia y singular sobre aquellos hechos, en principio discretos y accidentales, conflictos o huelgas protagonizadas por otros obreros, desapercibidos por la opinión pública, convertidos en espacio de experiencia política.

A modo de conclusión

El sujeto político que surge en España en el movimiento de masas de 1890 es el resultado de una experiencia de carácter emocional. La formación de la conciencia obrera, en su fase inicial, se produjo como resultado de una exaltación de la expresión emocional como fuente de verdad y de política. La capacidad de persuasión del socialismo a finales del siglo XIX no se debió tanto a la coherencia de su propuesta, sino a las formas de recepción de la misma, a la incorporación de su visión del mundo por parte de una comunidad emocional ya articulada, la obrera. La narrativa socialista hizo inteligible políticamente emociones obreras como la indignación y la ira, en oposición a un imaginario liberal que les ocluía la expectativa de progreso. Dio un contenido de clase a una comunidad humillada por estar investida de un cuerpo estigmatizado. El movimiento socialista politizó un sentir ya compartido, el del antagonismo social. Aportó además una metanarrativa dotándose de imágenes épicas con las que dar un nuevo sentido al tiempo colectivo, creando un espacio de experiencia, introduciendo la subjetividad nueva en su propio *telos*.